

RESUMEN DE CONTENIDOS

Gonzalo Velasco

Pese a la diversidad de los pensadores abordados, los textos que a continuación comparecen responden a una serie de problemáticas comunes, fruto de un año de puesta en común de lecturas y de los tres intensos días de curso de verano a los que dieron lugar. El lector podrá por tanto discernir una serie de constantes que, aunque no exentas de meandros y bifurcaciones, son síntoma de los problemas últimos a los que se enfrenta todo intento de pensar la comunidad.

El primer bloque de artículos comparte su referencia a las experiencias comunitarias acontecidas en Francia entre los años treinta y mayo de 1968. El escrito de Miguel Cereceda revitaliza el valor del pensamiento de Bataille haciendo suyo el gesto inaugural de Jean-Luc Nancy, quien, por primera vez, remitió al concepto mismo de comunidad la necesidad de dar respuesta al fracaso histórico del comunismo. Su análisis recupera asimismo las experiencias de comunidad no solo intelectuales, sino también existenciales, que supusieron el Círculo Comunista Democrático, Contre-Attaque o Acéphale. Cereceda remite las bases de la concepción antinómica de la comunidad a Maurice Blanchot y su fiel compromiso con un «comunismo literario» y una «comunidad de los amantes» que, paradójicamente, se fundan en la incomunicación.

El ensayo de Isidro Herrera parte de una convicción y de una oximorónica ambición: la de reclamarse del «común de los mortales», evocando el radical gesto de Ulises, héroe de la hazaña inmortal, cuando en el Infierno descrito por Platón sorprendió a todos con el anhelo de ser Nadie (como lo había sido ante Polifemo), simplemente hombre, expuesto a la mortalidad. El autor invita a pensar lo común en esa exposición que tiene

su lugar privilegiado en la muerte (nunca la propia, sino la del otro), pero también, pero no exclusivamente, en la Calle, en el encuentro con lo casual, lo imprevisto y lo contingente, donde siempre que se abre paso la batalliana «negatividad sin empleo» son posibles formas inéditas de libertad al arbitrio del común de los mortales.

Como para Isidro Herrera, también para Germán Cano mayo del 68 es el escenario escogido para pensar lo común y la acción colectiva, «teatro de gestos sociales, un campo de batalla y un laboratorio de nuevas formas políticas». El pensamiento de Michel Foucault es, en este caso, el vehículo para poner en juego las diferentes formas de compromiso político, tomando como criterio el par quinismo-cinismo propuesto por Peter Sloterdijk. Si el gesto del quínico (cínico antiguo) es el compromiso de una acción vulnerable a la alteración, el del cínico burqués esconde la autoafirmación soberana que solo busca inmunizarse y niega de antemano la posibilidad del encuentro. Ello permite a Germán Cano rastrear los conflictos y los juegos secretos de poder que, invisibles en la óptica de la ideología liberal, operaron en este escenario de experimentación política.

El siguiente bloque de artículos retoma todas estas cuestiones para dotar de nuevos significados al concepto de «democracia». Así, Lucía Bodas replantea desde el pensamiento de Jacques Rancière la exposición a la que apelan los trabajos de Isidro Herrera y Germán Cano: lo político emerge con fuerza en lo contingente, en las solidaridades temporales negociadas a través del disenso, en el esfuerzo por desclasificar el reparto asignado de los lugares. Su estudio se presenta, al mismo tiempo, como una introducción al pensamiento de Rancière y como una problematización de la imposible duración e institucionalización de esta forma de entender lo político. Como para el pensador francés, también para Ernesto Laclau el conflicto es la condición misma de la democracia, tal como explica Luciana Cadahia en su texto. El ideal de consenso racional y de resolución final de todo conflicto esconde una exclusión que pone en peligro el proyecto democrático en sí mismo. Luciana Cadahia destaca el desafío de resignificar las categorías clásicas de la teoría política en un nuevo campo discursivo al que se enfrente Laclau, y, a su vez, asume el reto metodológico de concebir la equivalencia entre democracia y liberalismo como un dispositivo y no como un destino necesario o natural.

Por su parte, el «estilo» del artículo de Vicente Muñoz-Reja (el uso que se da al contenido, en términos de Deleuze evocados por el autor) radica en un firme compromiso ontológico análogo al del filósofo abordado, Ba-

ruch Spinoza. Si bien da cuenta de la irrupción del materialismo inmanentista en el debate contemporáneo sobre la comunidad, su estudio se enfrenta con todo rigor a la tarea de encontrar en la *Ética* la clave ontológica de la potencialidad política de este pensador, que cifra en la «composición de lo singular» como movimiento de la comunidad. Si la noción de multitud es el nombre de esa composición de singularidades, el artículo de Miguel M. Romera abunda en este planteamiento al problematizar la concepción de la política y la comunidad desde la ontología de la diferencia, del acontecimiento y de la multiplicidad en Gilles Deleuze, cuyo pensamiento está imbricado en la ontología de Spinoza.

La aportación de Roberto Navarrete al intento de repensar la democracia desarrollado en esta sección consiste en una remisión *anacrónica* de la democracia por venir a la *congregatio fidelium*, en una referencia cruzada entre Jacques Derrida y Pablo de Tarso. Además de este método, muy caro a pensadores actuales como el propio Esposito, Roberto Navarrete incorpora al debate la cuestión del mesianismo, también empleada para pensar lo común por otros filósofos contemporáneos a los que este volumen no ha podido dedicar un estudio independiente, como Alain Badiou o Giorgio Agamben.

Los artículos de Evaristo Prieto y Julio Quesada comparecen juntos porque ambos insisten en los peligros que anidan en el ideal comunitario. El análisis de Evaristo Prieto remite a la noción de comunidad que produjo la contradicción, la acepción identitaria, reactiva, excluyente, productora de enemigos. Incorporando al debate las aportaciones de la sociología, la antropología o, incluso, de la psicología social, el autor nos recuerda hasta qué punto esa versión de la comunidad es hoy operativa. Por lo que respecta a la contribución de Julio Quesada, el autor nos devuelve a ese ideal de comunidad desarrollado en los años veinte frente al que el pensamiento de la comunidad de Bataille reaccionó en la década posterior. Y lo hace mediante un ejercicio de equivalencias entre los productos conceptuales del nacional socialismo y los términos de esta fase decisiva del itinerario fenomenológico y hermenéutico de Martin Heidegger.

La cuarta sección del libro es la propiamente consagrada a la obra de Roberto Esposito. Tommaso Menegazzi empieza brindando una original aportación a la comprensión del pensamiento italiano contemporáneo mediante su remisión a la confluencia de factores históricos, políticos y culturales que, en los años 80, dio lugar en Italia a la conciencia de la necesidad de renovar el léxico filosófico político precedente. El autor re-

cupera el proyecto intelectual que en ese periodo constituyó la revista «Il Centauro», alrededor de la cual empezó a acomunarse una crítica del dominante paradigma de la representación y una forma de pensar *en* la crisis que dio pábulo a la línea de indagación impolítica. El estudio de Gonzalo Velasco retoma el impulso teórico con el que termina el recorrido genealógico de Menegazzi para exponer la importancia de la noción de inmunidad en la obra de Roberto Esposito, en tanto punto de inflexión que le permite encaminar su primera reflexión sobre lo impolítico y la comunidad, abocados a la desobra, hacia la posibilidad de una política activa, una política *de* la vida, inmanente a la vida. Mediante la lógica nietzscheana de las fuerzas activas y reactivas, su texto cifra en esa política de la inmanencia y en la específica acepción de biopolítica que la expresa el intento de Esposito por hacer posible la política activa sin caer en la reacción autoinmunitaria.

Seguidamente, las contribuciones de Valerio Rocco y Alba Jiménez obligan al pensamiento de Esposito a dar respuesta a interrogantes críticos formulados desde la gran tradición filosófica. Mediante una rigurosa investigación filológica, Valerio Rocco advierte del olvido de la variante *officium*, una de las acepciones del étimo *munus* ofrecidas por Esposito, a la hora de dotar de significación a la *communitas*. El autor denuncia que esta operación permite al profesor italiano eludir la consideración de la comunidad como *casa* pública. Como respuesta, propone pensar la comunidad desde la consideración del significado y la etimología de *officium* y, siempre de la mano de Cicerón, afronta la tarea de comprender la amistad a partir del referente axiológico de la *virtus publica*. Por último, Alba Jiménez obliga a Esposito a volver sobre los tres momentos de su análisis sobre el pensamiento kantiano de la comunidad (la determinación del imperativo categórico como lo Irrealizable mismo, la presunta crisis de subjetividad en el contexto de los paralogismos en la Dialéctica de la Crítica de la Razón Pura, y la analítica de lo sublime) para plantear, si no una enmienda a la totalidad, al menos sí una enmienda parcial que lleve a reconocer en lo más íntimo de la filosofía kantiana aquello que Esposito pretende encontrar en su superación.

Como culminación de este decurso, el diálogo mantenido con Roberto Esposito supone un texto original del autor que, tomando como principal referencia su último libro *Pensiero vivente. Origine e attualità della filosofia italiana* (2010), contextualiza en su obra muchos de los problemas presentados a lo largo de los artículos: el viraje del horizonte trascendental de la

filosofía desde el lenguaje hacia la vida, el carácter ideológico del ideal político del orden y de la representación del conflicto, el cuestionamiento sobre el destino tanatopolítico de la modernidad o las dificultades para formular una política de la inmanencia o biopolítica afirmativa.

*
* *

Una última palabra. No puede dejar dicha si nos atenemos al impulso crítico que anima la comunidad de pensamiento representada en este libro. El retraso de un año entre la celebración del curso de verano en el que por primera vez vieron la luz estos textos y su publicación ha permitido que medie una primavera convulsa, principalmente en el Magreb, pero también en Madrid y en el resto del territorio español. Si como sintetizan los escritos aquí reunidos, el pensamiento crítico tenía en mayo del 68 el escenario casi exclusivo a partir del que pensar los fenómenos comunitarios y la resistencia colectiva, creemos que a partir de ahora no puede ignorar el valor de estos nuevos acontecimientos, que han dotado de materialidad fáctica a los problemas teóricos desarrollados en estas páginas. Esperamos que nociones como la vulnerable insolencia del quínico, que el encuentro de los cualquiera en la Calle, que la igualdad como capacidad política para arruinar el reparto policial de lo sensible o que los denodados esfuerzos por concebir una política inmanente a la vida que escape al mecanismo personal y representativo sirvan al lector para pensar esta quizás nueva faz de nuestro presente.